

*Ayer, Kneale, Paul, Pears, Strawson, Warnock, Wollheim.* LA REVOLUCIÓN EN FILOSOFÍA. Revista de Occidente, 1958, Madrid, 153 págs.

Estas 7 conferencias dictadas por profesores de Oxford y de Londres permiten formarse una idea de las intenciones que presiden el trabajo de la actual filosofía analítica inglesa. En ellas quedan de manifiesto dos ingredientes típicos de una conciencia generacional: la configuración de una "historia" intelectual, a cuyo dinamismo estos pensadores se sienten incorporados, y la proyección de una tarea que ellos asumen como propia y que esa misma historia deja abierta.

La "tradición" a que este grupo se remonta parece originarse en el asalto a una metafísica idealista —cuya figura re-

presentativa fue Bradley— a través de dos vías confluyentes: el Análisis de Moore y el Atomismo Lógico de Russell.

La posición de Bradley —según Wollheim la presenta en la primera conferencia— está situada dentro de la tradición idealista de los epígonos de Hegel y fuera de la tradición del empirismo inglés. El pensamiento de Bradley no se cuidaría de averiguar la génesis psicológica de las "ideas", como el empirismo se lo propuso, y estaría motivado, más bien, por las cuestiones que surgen de la insuficiencia del juicio particular para aprehender la singularidad, en tanto, al caer sobre el "hecho", el juicio escinde objeto y propiedades y no consigue ligarse a la simplicidad de lo real. Bradley habría intentado, entonces, reconstruir la unidad del pensamiento y del mundo por una comprensión, en primer lugar, del mundo, no como si estuviera integrado por los objetos y sus propiedades, sino por un sistema de relaciones internas enraizadas en la naturaleza de cada objeto del modo que lo está la triangularidad en el triángulo, y, luego, por una especificación de todas estas relaciones en una totalidad que rescataría lo singular. Así, objeto y propiedades, términos y relaciones, pensamiento y realidad vendrían a identificarse en el monismo de un todo indivisible, opuesto a la mera apariencia de entes fragmentarios, de manera que la simplicidad de lo experimentado en la inmediatez del sentimiento quedaría restituida en este nivel más alto, que Bradley mira como absoluto.

En el Análisis de Moore —que G. A. Paul explica en su conferencia titulada: "G. E. Moore: Análisis, uso común y sentido común"— parece posible distinguir dos momentos complementarios. Primeramente, Moore no busca contestar preguntas, pero discernir con precisión "de qué clase de preguntas se trata" o establecer lo que a menudo ocurre, esto

es, que "no estamos ante una pregunta, sino ante varias". En este primer momento se procura, entonces, discriminar, dentro de una fórmula engañosamente sencilla, la serie diversa de cuestiones implicadas, para elegir la cuestión clave e iniciar su examen intensivo. El segundo momento del análisis de Moore responde a una intención visual: se trata de "hacer ver" todo lo que hay en la mente y nada más que eso "en el momento en que —en ella— se formula la pregunta". Sucede que la mente aloja "un determinado elemento que nos aparece como si fuera diáfano", pero que es posible distinguir, "si lo miramos con suficiente atención", y sabiendo "que hay algo que merece buscarse".

De este modo, ciertas conclusiones generales que ejercen una perturbadora fascinación sobre la inteligencia pueden aclararse analizando e investigando con más cuidado algunos estadios cruciales de nuestro razonamiento; lo diáfano será, entonces, discernido; el encanto quedará roto, y la mente liberada para preguntar: ¿qué hay aquí?

La presentación que hace D. F. Pears del Atomismo Lógico, muestra esta teoría como una metafísica que se mueve en dirección contraria a la de Bradley. Bradley se dirigió a un absoluto por complejidad creciente, Russell cree llegar a un átomo de experiencia individual por descomposición y creciente simplicidad. El "atomismo" de Russell vendría a ser, piensa el autor, una traducción de las "impresiones" e "ideas" del lenguaje psicológico de Hume a un lenguaje lógico favorecido por las precisiones del trabajo de fundamentación de las matemáticas que culmina en la obra de Gottlob Frege.

Sin embargo, nos parece que la figura de más vigor y originalidad filosófica de esta historia es la de Wittgenstein. Es visible su influjo poderoso en este grupo de pensadores analíticos. Sus ideas con-

tenían elementos críticos y virtualidades aptas para sobrevivir a aquello mismo que, por modo decisivo, habían contribuido a desencadenar: el Círculo de Viena y el pensamiento de Russell.

El interés principal del estudio que C. A. Paul hace sobre Wittgenstein está, a nuestro entender, en que se apoya no tanto en el *Tractatus*, cuanto en las Investigaciones Filosóficas que Blackwell publicó en 1953 y que, según dijo Wittgenstein, constituyen el precipitado de las investigaciones que le ocuparon desde 1929.

En la época del *Tractatus* Wittgenstein estaba más próximo a Moore. "Tenemos que investigar la acción de nuestro lenguaje", decía, y agregaba: las confusiones que nos preocupan surgen no cuando el lenguaje está "actuando", sino cuando es como "una máquina parada". Pero Moore, como se ha dicho, hizo consistir su filosofía en un análisis visual; trató de "hacer ver" procurando sacar a luz lo que está escondido o yace bajo la superficie; su análisis "excava", según expresión de Wittgenstein, y se mantiene en un socratismo pertinaz y penetrante.

Más tarde, sin embargo, nos explica el autor, Wittgenstein modificó su actitud primitiva y afirmó entonces: "Tenemos que romper radicalmente con la idea de que el lenguaje funciona siempre de una sola manera, de que sirve siempre al mismo propósito: transmitir pensamientos... es precisamente semejante idea la que nos *impide ver...*". Por otra parte, si tratamos de centrar la atención sobre la conciencia para ver *distintamente* lo que es y discernir sus elementos diáfanos, parece desvanecerse "como si tuviéramos que arreglar con los dedos una tela de araña rota". Estamos poseídos —explica W.— por una concepción inadecuada de lo que se quiere decir cuando se afirma que "una cosa está escondida". Lo que buscamos está ciertamente

escondido; pero no por estar detrás de algo, o por ser difícil de excavar, o por ser difícil de distinguir con claridad de otra cosa, o por ser transparente. Lo que de esta forma está escondido, no nos interesa, agrega, y hemos pasado por alto una forma no menos corriente de estar escondidas las cosas. "El gesto decisivo para el desencantamiento se ha realizado y fue precisamente *el único que considerábamos totalmente inocuo*". Las cosas que estamos buscando "están ya patentes a nuestra vista" y "si no han sido descubiertas es sólo porque están siempre a nuestra vista". Porque la inteligencia, buscando cosas extrañas, se pierde en quimeras, se deslumbra por idealidades e ignora lo real; pero "la filosofía es una lucha contra el *embrujo* de nuestra inteligencia"; no una lucha, como habría pensado Moore, contra una visión defectuosa o una atención desviada.

Este paso de Moore a Wittgenstein, de un análisis visual que describe las capas diáfanos de la conciencia a una lucha contra el embrujo de la inteligencia y a un retorno a la riqueza concreta e inesperada de lo real dado inmediatamente, es un paso que guarda, a nuestro juicio, estrecha simetría con el paso de la visualización eidética de la fenomenología de Husserl, a la analítica ontológica de Heidegger y a su teoría de la verdad como *aletheia*. Creemos —sin que nos sea posible mostrarlo aquí— que la relación entre Wittgenstein y Heidegger es mucho más próxima de lo que a primera vista parece.

Frente al atomismo de Russell, Wittgenstein mantiene una actitud semejante a la que adoptó con el pensamiento de Moore, según el trabajo ya mencionado de Pears permite apreciar, esto es, guardó una proximidad inicial que se convierte más tarde en un enfrentamiento crítico. Dicho atomismo descompone proposiciones componentes hasta dar con entidades lógicas indivisibles, con áto-

mos. En el *Tractatus W.* hizo ver que la serie sucesiva de descripciones se detiene en algo que no puede ser descrito y puede solamente nombrarse. Habría así elementos atómicos independientes que constituyen una especie de lenguaje libre de contexto. Ulteriormente asume una posición crítica que parece estar llevada en el sentido siguiente: la idea de que una serie sucesiva de descripciones termina en una esencia última particular supone que cada una de esas afirmaciones, incluso la última, nombra cosas diversas, suposición que, a juicio de W., sería equivocada.

Dos de estas conferencias se refieren a elementos laterales y superados dentro de la tradición de la filosofía analítica. Uno es "Gottlob Frege y la Lógica Matemática" de que se ocupa W. C. Kneale. El otro es "El Círculo de Viena" de que trata A. J. Ayer.

En el rápido desarrollo de las matemáticas en los siglos XVII y XVIII, explica Kneale, los matemáticos se ven obligados a extender sucesivamente la noción de número sin tener una idea clara de lo que hacían. Del número natural pasaron a hablar de números negativos, de fracciones, de números irracionales, de números imaginarios. Kneale concibe este proceso como el de ciertas edificaciones góticas, cuyos pisos altos van sobresaliendo cada vez respecto del que les sirve de base. Ahora bien, ciertas relaciones entre los distintos estadios permitió continuar hablando de "números"; porque, aun cuando los objetos considerados en los distintos niveles sean de clases completamente diversas, hay leyes muy generales, formuladas originariamente en relación con los números naturales, que pueden interpretarse sucesivamente de modo que convengan a los objetos de cada uno de los distintos niveles. Así, entonces, respecto de cada serie de objetos hay una subserie, cuya teoría es homóloga a la teoría del estadio inmediata-

mente inferior. Antes de 1880 esto quedó claro gracias a la obra de una serie de pensadores desde Gauss hasta Dedekind, cuyo esfuerzo se denominó aritmetización del análisis. Ahora bien, lo que Frege buscó, piensa Kneale, fue una explicación de la planta baja, de los números naturales. Su problema consistió en definir, por ejemplo, lo que es el número 2. Frege redujo entonces la aritmética a la Lógica, inventó un simbolismo e intentó una combinatoria que aspiraba a responder al ideal de Leibniz. La obra del matemático alemán pasa desapercibida y su conocimiento e influencia sólo ocurre a través de los Principia Mathematica.

La presentación que A. J. Ayer hace del Círculo de Viena tiene las características de sencillez, elegancia y penetración precisa que los trabajos de Ayer poseen. El Círculo de Viena, nos dice, era una mezcla de positivismo vienés de fines del siglo XIX "con una técnica lógica desarrollada y sofisticada" (Russell, Frege); "como movimiento, agrega, es algo que pertenece al pasado. Y esto es también, en cierto modo, lo que sucede con el positivismo lógico".

El principio de Verificación —que es una de las ideas fundamentales del Círculo y con el cual pretendió eliminar la metafísica— es inverificable, si bien sólo aspira a ser una definición. Sin embargo, este problema de la comprobación del juicio renovó las antiguas dudas de la llamada teoría del conocimiento y tales dudas son las que se plantean cuando, piensa Ayer, se pregunta si los "juicios de protocolo" son sólo descriptivos del estado actual o del curso posible de la experiencia del sujeto, según pensaba Carnap en *Der Logische Aufbau der Welt*, o bien si deben ser intersubjetivamente comprobables, como el mismo Carnap llegó a pensar más tarde.

Pero los fiscalistas negaron primero a los "juicios de protocolo" su carácter de datos de la experiencia y más tarde ne-

garon también su función. No tiene sentido, dijeron, hablar de comparar juicios con hechos. Los juicios sólo pueden compararse unos con otros de manera que la verdad no será "correspondencia" sino "consistencia". Y Ayer comenta: "Estoy convencido de que la teoría de la coherencia de la verdad no puede sostenerse. Pero la tesis del fiscalismo puede mantenerse sin ella". Piensa Ayer que la noción de juicio sintáctico de Carnap no vale ni siquiera para los ejemplos de que éste se sirve, en los cuales más que un lenguaje en modo formal y un juicio sintáctico, hay juicios semánticos. El propio Carnap lo reconoció así, nos dice Ayer, y en sus libros más recientes puso su Lógica en relación con la semántica; "sin embargo, concluye Ayer, no veo claro que el estudio lógico de la semántica haya producido hasta ahora nada de importancia filosófica", aunque más adelante hace la salvedad del libro de Tarski sobre la verdad.

Los dos trabajos finales de esta serie miran hacia las tareas futuras. "Construcción y Análisis" de Strawson, "Análisis e Imaginación" de Warnock. El centro está, como se ve, en el análisis, pero concebido con amplitud, libre del ciego sectarismo positivista y de una lógica sofisticada. "La iconoclasia restrictiva del positivismo lógico es ajena al espíritu de la filosofía actual, dice Warnock. Particularmente admite hoy todo el mundo que su respeto excesivo por las ciencias, las matemáticas y la lógica formal, y los simples hechos, no tienen ninguna garantía".

Como conclusión, y sin ni siquiera insinuar un juicio adverso, ni desconocer toda la importante labor crítica cumplida por esta filosofía, nos parece que ella gira —como también ocurre al parecer con la filosofía alemana actual— alrededor de dos o tres grandes y viejos maestros y de un corpus de ideas fijado ya en los 30 primeros años de nuestro siglo.

Para poner término a esta nota veamos cómo concibe la tarea filosófica el maestro que, aparentemente, tiene el mayor influjo actual, según los textos que trae G. A. Paul. "Un problema filosófico —dice Wittgenstein— se presenta bajo la forma de un no sé qué camino seguir". Así, puedo estar perdido aunque vea con claridad todo lo que me rodea. "La tarea del filósofo consiste en reunir señales para un uso particular". Pero no basta reunir señales y esbozos, hay que seleccionarlos y arreglarlos de forma que llegue a tener un cuadro del paisaje. La naturaleza de la investigación filosófica obliga a recorrer una amplia región de "usos", en todas direcciones, acercándose a cada uno de ellos una y otra vez, y cada vez desde una dirección distinta, desde distinto punto de vista, desde un uso distinto. Estos diferentes proyectos no se juntan por sí mismos para formar un cuadro, ni siquiera un mapa de un lugar o región; tienen que ser ordenados "de modo que, si se los observase, se tuviese por ellos la visión de un cuadro".

"De ahí la importancia que tiene descubrir e inventar casos intermedios". Sólo por este descubrir, inventar y ordenar los paisajes, y no por una observación inactiva de todo lo que sucede ante mi vista, llegaré a saber cuál es el camino que debo seguir y que me conducirá "más allá del problema". La esencia, por así decirlo, llega a ser "observable", no por "un excavar", ni por "un análisis", ni por una observación pasiva "de lo que ya está ante nuestra vista", sino por una o varias ordenaciones, que, necesariamente, tengo que hacer.

JUAN DE DIOS VIAL LARRAÍN